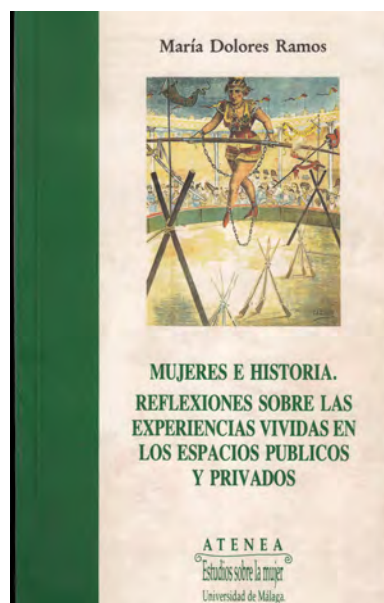


UNA VIDA DEDICADA A LA HISTORIA DE LAS MUJERES

ENTREVISTA A M.^a DOLORES RAMOS PALOMO (UNIVERSIDAD DE MÁLAGA)

Gloria Espigado Tocino (Universidad de Cádiz)



Presentación

La profesora M.^a Dolores Ramos Palomo, Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Málaga, no requiere de una presentación detallada por cuanto que es de sobra conocida en el ámbito universitario como una brillante historiadora que ha dedicado gran parte de su trayectoria profesional y académica a impulsar y desarrollar la Historia de las Mujeres en nuestro país. Doctora en 1986 con una tesis que fue Premio de Historia Social Díaz del Moral, ha sido galardonada también con el Premio Nacional Emilia Pardo Bazán en 1990 y

reconocida en 2016 con el premio Meridiana que concede la Junta de Andalucía por su labor en defensa de la igualdad entre hombres y mujeres.

Fundó el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer en 1988 en la Universidad de Málaga, que convoca anualmente el prestigioso Premio Internacional Victoria Kent sobre estudios de género, y, asimismo, impulsó la colección Atenea especializada en este campo. A nivel nacional, fue cofundadora de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM) en 1991 e impulsora de la

prestigiosa revista *Arenal* que edita la Universidad de Granada.

Su especialización en Historia sociocultural y de género le ha llevado a liderar equipos y proyectos de investigación que han dado lugar a un importante número de tesis, encuentros y publicaciones que jalonan un inigualable currículum que recorre la construcción histórica de una ciudadanía feminista, las culturas políticas adscritas a este devenir, las luchas sindicales y sociales protagonizadas por las mujeres de este país. Todo lo cual se ha materializado en un impresionante volumen de libros, capítulos de libro y artículos, imposible de glosar en esta presentación.

Como observadora privilegiada de este recorrido vital y profesional de su trayectoria académica, me resulta especialmente gratificante poder entrevistarla y recabar un testimonio crucial para recordar, en sus palabras, el recorrido ya de décadas que han tenido los estudios de género y de Historia de las Mujeres en España.

La primera cuestión que me gustaría que explicaras es qué te llevó a la Historia de las Mujeres, cuando apenas había antecedentes en el panorama historiográfico español que se dedicaran a este campo de estudio.

El año 1975 puede considerarse una fecha clave en muchos sentidos. Murió Franco en noviembre, mientras cursaba el último año de la licenciatura de Geografía e Historia en la Universidad de Málaga. La Facultad se había fundado tres años antes impulsada, entre otros motivos, por la presión del movimiento estudiantil. Recuerdo que vivimos una transición académica y política llena de emociones y peligros. Mi generación se echó a las calles para pedir la Universidad que no teníamos y exigir las libertades que necesitábamos como el aire. Con razón decía Manuel Vázquez Montalbán que por reivindicar la democracia y rechazar

lo que no nos gustaba fuimos una juventud rebelde e inmensamente «pecadora». Mi idea de compromiso se forjó esos años entre estados de excepción, huelgas, clases paralelas, encierros, asambleas, detenciones, banderas e himnos prohibidos. Participé, como la mayoría del alumnado, en las luchas estudiantiles y entré en contacto con el movimiento de mujeres antes de sumarme al movimiento vecinal, cuyos objetivos entonces se entrecruzaban, como demostraron Vicenta Verdugo y Francisco Arriero en sus respectivas tesis doctorales. Alterné estas experiencias colectivas con la lectura de algunos libros encontrados en la trastienda de alguna librería de confianza, que luego se prestaban y pasaban de mano en mano: Simone de Beauvoir (*El Segundo sexo*), Lidia Falcón (*Mujer y Sociedad*) y Betty Friedan (*La mística de la feminidad*) contribuyeron a que entendiera, ahora lo veo con claridad, cómo se construye la igualdad, la desigualdad y las diferencias de sexo-género en diferentes sociedades; con las obras de Bloch, Febvre y Braudel aprendí a valorar la importancia de los componentes simbólicos, las dimensiones del tiempo y el interés de analizar el espacio como un producto social en los registros históricos. Los marxistas británicos Eric Hobsbawm, Raphael Samuel, Sally Alexander, Sheila Rowbotham y los Thompson, Edward y Paul, me mostraron la historia de las clases trabajadoras y de la gente corriente, el peso de las tradiciones culturales que intervienen en la formación de la clase, los resortes de la memoria colectiva, la necesidad de dar voz a «los sin voz» y las mil caras del patriarcado incluso en los partidos, sindicatos y organizaciones de izquierdas. Mis propias vivencias, las de las mujeres que me rodeaban y las charlas con algunas de las representantes del Movimiento Democrático de Mujeres de Málaga fueron decisivas para aproximarme al feminismo. Recuerdo la admiración que me inspiraba Emma Castro, que fue, además, con la sevillana Aurora

León, una de las primeras abogadas laboristas de Andalucía. Con Luisa Mota, Carmen Calzado y Concha Pozas compartí sobremesas muy «didácticas» y la organización de algunas actividades. Todo esto contribuyó a que entendiera los significados del argumento «lo personal es político» y relacionara las experiencias individuales con las grandes estructuras políticas y sociales, como he explicado en mis clases y mis investigaciones. En las reuniones del MDM se propuso la necesidad de participar en las Primeras Jornadas de Liberación de la Mujer celebradas en Madrid clandestinamente en diciembre de 1975, al abrigo del Año Internacional de la Mujer declarado por la ONU. El programa reivindicativo incluía, además de la consecución de las libertades, la conquista de los derechos reproductivos y sexuales, la amnistía general política y la amnistía femenina por «delitos» relacionados con los anticonceptivos, el adulterio y la homosexualidad. También la necesidad de abrir guarderías, escuelas, centros de planificación familiar y erradicar la violencia de género. Ese año me disponía a terminar la Licenciatura, sabiendo que tenía importantes lagunas en mi formación. En las aulas apenas se desveló el significado de los periodos liberales, por los que pasamos de puntillas, y no se explicaron las dos experiencias republicanas, ni la Guerra Civil de 1936-1939, ni la historia del movimiento obrero. Por descontado, tampoco se habló de la experiencia histórica de las mujeres. Demasiadas ausencias para permanecer quieta y muda. ¡Qué razón tenía Antonio Machado al decir que se hace camino al andar! No tardé mucho tiempo en descubrir en los archivos andaluces a las mujeres como agentes sociales. La rebelión de las faenas de la pasa y la almendra captó mi atención, entre otras movilizaciones femeninas protagonizadas por las obreras textiles, las jornaleras de la comarca antequerana y las criadas. La lucha de las faenas era un magnífico ejemplo de la politización de la vida

cotidiana, de las experiencias de las madres de familia que trabajaban dentro y fuera de los espacios domésticos y reclamaban los derechos sociales inherentes a los roles (y deberes) que ejercían: precios asequibles, subida salarial, persecución de los acaparadores, fin de los destajos, horarios de lactancia, guarderías, cantinas laborales y comedores escolares, entre otras peticiones. Fue una revelación, una llamada a mi conciencia individual. Acababa de experimentar la alegría, los dolores y las preocupaciones de la maternidad. Tenía una niña de pocos meses, Isabel, que fue creciendo mientras elaboraba la Tesis en medio de precarios equilibrios para afrontar lo que hoy llamamos conciliación familiar. «Hacer encajes de bolillos», decía mi abuela cuando tenía que resolver una situación complicada. Pues eso...

Queda claro que viviste de forma comprometida un tiempo de cambio integral de este país donde el conocimiento histórico te ofreció herramientas para entender y para transformar. No obstante, la Universidad española, en las dos últimas décadas del siglo XX, no estaba tampoco acostumbrada al desarrollo de investigaciones focalizadas en los estudios de género e Historia de las Mujeres ¿Cómo calificarías o describirías esos primeros tiempos en los que nacían los Seminarios de Estudios de la Mujer y comenzaba a despuntar este nuevo campo de estudio en nuestro país? Seguro que tienes anécdotas muy significativas de este proceso.

Los primeros trabajos de Historia de las mujeres surgieron de manera aislada en los años setenta, ligados a la progresiva consolidación del feminismo entre las mujeres académicas y a la necesidad de superar el tiempo de silencio de la Dictadura, que había borrado o desdibujado a su conveniencia muchas cosas, entre ellas la trayectoria de las pioneras del siglo XIX y de otras mujeres más «próximas»: las trabajadoras de las clases medias y populares, las su-

fragistas, republicanas, socialistas, comunistas y libertarias de los años veinte y treinta. Mujeres reconocibles por sus nombres y apellidos, forjadoras de Historia, hacedoras y protagonistas de libros, artículos de prensa y fotografías, que permanecían en el olvido entre miles de mujeres anónimas que hubieran merecido mejor suerte. Aunque todavía no se hablaba en términos conceptuales y metodológicos de genealogías femeninas ni feministas, algunas universitarias sentíamos en los inicios de la Transición la necesidad de reconstruir y cruzar los puentes rotos por la Dictadura, conocer las experiencias de nuestras predecesoras y recuperar su historia. Eso es lo que hicieron Rosa Capel, Teresa Vinyoles, Mary Nash y Amparo Moreno Sardá: recobrar ese pasado oculto desde diversas perspectivas y en diferentes épocas. Sus aportaciones, hoy obras de referencia, fueron fundamentales para establecer la participación femenina en diferentes planos de la esfera pública: sufragio, trabajo, participación política y movilizaciones sociales. Fue un sólido punto de partida. Pero el despegue se produjo después, en los años ochenta, a raíz de la fundación de los Seminarios de Estudios de la Mujer en las universidades españolas, siguiendo el ejemplo de los *Women's Studies* anglosajones. Dotados de estructuras flexibles, acogieron a profesoras, investigadoras y alumnas procedentes de diferentes áreas de conocimiento, aunque las historiadoras fuimos mayoría y planteamos numerosas iniciativas relacionadas con lo que hoy en día podemos considerar una historia fundacional de las mujeres: formulación de hipótesis, búsqueda y cruce de fuentes para organizar con ellas una polifonía de voces, timbres y matices, debates sobre la periodización histórica. Así se hizo en los primeros seminarios que surgieron en las universidades andaluzas: Granada y Málaga. Queríamos mostrar a quienes afirmaban que de las mujeres «no se sabía nada», que no había papeles sobre ellas o que si los había

estaban mediatizados por la mirada, la voz y la escritura masculina (historiadores, cronistas, traductores, relatores, investigadores), que esa historia no sólo era posible sino necesaria. Es cierto que la «locuacidad» de médicos, filósofos, higienistas y escritores empeñados en develar los secretos de la feminidad se tradujo en textos y más textos sobre las mujeres en diferentes épocas. Pero percibimos en seguida que esto no constituía un problema, al contrario, ya que con sus escritos se podía elaborar una historia discursiva de las representaciones y las construcciones culturales sobre la feminidad. En la universidad de Málaga construimos, igual que sucedió en otras universidades, una red interdisciplinaria e internacional, en nuestro caso dirigida a Portugal, Iberoamérica y el norte de África, que propiciaría la institucionalización de los estudios de las mujeres, la docencia en diferentes disciplinas, la consolidación de las investigaciones, la difusión de los resultados y los intercambios. Fueron tiempos de intenso trabajo individual y colectivo, de contactos, viajes, reuniones, debates y proyectos: asociaciones, publicaciones, congresos, colecciones editoriales y dotación de premios de investigación. Tiempos «militantes» que afrontamos con responsabilidad, pasión e ilusión mientras procurábamos sortear las resistencias de la academia. Al recordarlos pienso que nuestras andanzas no fueron un camino de rosas. Pero tampoco un triste calvario. A pesar del doble currículum que muchas compañeras tuvieron que hacer, con la consiguiente suma de tareas, horas y esfuerzos para seguir avanzando profesionalmente, o de las opiniones de los colegas que veían en la Historia de las mujeres una moda historiográfica pasajera. Recuerdo que el profesor Antonio Miguel Bernal, presidente del tribunal de mi tesis doctoral, me pidió amablemente que regresara a mis orígenes, la Historia Social, sin más. Mi compañero de despacho, José Antonio Parejo Barranco, con el que solía

intercambiar libros, artículos y lecturas desde que preparábamos, años atrás, nuestras respectivas tesis doctorales, se sorprendió mucho cuando le comenté los proyectos del Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer, que habíamos fundado en 1988: crear un programa de Doctorado específico, convocar el premio de Investigación Victoria Kent y lanzar la Colección Atenea. Hubo también interpretaciones «académicas» muy poco académicas sobre nuestras iniciativas. Cuando en 1992 celebramos en la UMA el Congreso Internacional *El trabajo de las mujeres. Pasado y presente*, que reunió a más de 500 participantes, entre las que se encontraban Françoise Thebaud, Maxine Berg, Temma Kaplan, Rosario Aguirre, Gloria Nielfa y Mercé Vilanova, se comentó que nuestra participación como organizadoras, moderadoras o conferenciantes se asemejaba a la de las bailaoras de un conocido tablao flamenco madrileño: «Las Brujas». Todavía ignoro si fue una broma, un «elogio» o si la comparación encerraba alguna cosa de mayor alcance. Las opiniones sobre la duración de aquella «moda histórica pasajera» y la creencia, nunca manifestada de manera abierta, de que nos estábamos dejando la piel para hacer una «historia sin calidad», como comentaban con ironía las colegas francesas (Arlette Fargue, Christine Faure, Christiane Dufrancatel), flotaban a nuestro alrededor. Personalmente, una de las cuestiones que más me preocupaban, recordando *mis orígenes*, era la nula o escasa presencia de las mujeres en los relatos producidos por la Historia Social hasta aquel momento. Había leído las propuestas de la economista norteamericana Heidi Hartmann sobre las relaciones entre capital y patriarcado, que, sumadas a otras lecturas previas, me plantearon algunas dudas. ¿Era posible hacer una Historia Social de las Mujeres? ¿Formaban la Historia Social y la Historia de las Mujeres una pareja mal avenida? Estábamos hablando de un conocimiento *situado* en

el cruce de los años ochenta-noventa, periodo en el que se produjeron numerosos debates historiográficos dentro y fuera del feminismo académico, se difundieron las aportaciones de Joan W. Scott sobre la variable género, se discutió la cuestión de las identidades, el papel del lenguaje, de los discursos y de la experiencia en la construcción de los registros históricos. A pesar de algunas fricciones y resistencias, la Historia de las Mujeres contrajo importantes vínculos con la historia social y la historia política (renovadas), y posteriormente con la historia cultural, campos abiertos a la incorporación de teorías, conceptos y métodos en el marco de un nuevo paradigma histórico.

Descrito este panorama poco acogedor, en tu opinión, cuáles han sido las claves para que, pese a la resistencia inicial, la Historia de las Mujeres se haya consolidado como ámbito histórico de conocimiento y línea de Investigación en la universidad española.

La marginalidad de la Historia de las Mujeres en su primera época representó para nosotras una promesa de fecundidad y legitimación muy estimulante, como se refleja en el *Libro Blanco sobre los Estudios de las Mujeres* (1995) y en sus posteriores revisiones. Pero tras la fase de acumulación de conocimientos llegó el decisivo y necesario periodo de normalización en el que poco a poco fueron desapareciendo las prevenciones y barreras académicas. A regañadientes o no, la Historia de las Mujeres empezaría a ser aceptada. El Centre d'Investigació Històrica de la Dona (CIHD), fundado en 1982 por Mary Nash y otras profesoras e investigadoras catalanas adscritas a diferentes áreas de conocimiento, era el lugar donde nos reuníamos las representantes de los seminarios de estudios de la mujer del Estado español. Estaba ubicado en el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI) de la Universidad de Barcelona, en la parte alta de la ciudad, en un edificio de la

calle Brusi levantado a comienzos del siglo XX y rodeado de jardines. Era un espacio que invitaba a la reflexión, le lectura y las conversaciones serenas. En repetidas ocasiones viajamos hasta allí para programar los primeros pasos de la Historia de las mujeres en tres ámbitos: docencia, investigación y transferencia. Pronto algunos seminarios se transformaron en institutos universitarios tras la aprobación de la Ley de Reforma Universitaria (LRU) en 1983. Pero este hecho no rompió la dinámica de reuniones, debates, proyectos y publicaciones. Los primeros Institutos de Estudios de las Mujeres, aprobados con diferentes denominaciones, surgieron en la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad de Valencia y Universidad de Granada. Sin duda, fue un salto cualitativo muy importante para la normalización. Después, pasamos a encontrarnos en el Centro de Estudios Históricos del CSIC, situado en la madrileña calle Duque de Medinaceli, a un paso de la plaza de las Cortes, donde trabajaba una de nosotras, la medievalista Reyna Pastor, Maestra que impartía sus saberes con un cadencioso acento argentino. Formamos una red académica, feminista, emocional, cuyas huellas perduran en la actualidad a pesar del tiempo transcurrido y los sinsabores de la vida, como la temprana pérdida de nuestra compañera Teresa González Calbet (Universidad Autónoma de Madrid), cuyo sentido del humor y su capacidad para disfrutar de la vida aligeraban nuestras tareas y responsabilidades. Entre Barcelona y Madrid se gestó la Comisión Española de la Federación Internacional de Centros de Investigación de Historia de las Mujeres en 1988, que además de situarnos en el mapa europeo y americano fue el germen de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM), que fundamos en 1991 para promover la investigación y la docencia de la Historia de las Mujeres y del género. Presidida por Mary

Nash, esta plataforma asociativa nos permitió impulsar los Coloquios Internacionales celebrados en Bilbao, Santiago de Compostela, Madrid, Baeza, Cádiz y Valencia, que dieron pie a otras tantas publicaciones y contribuyeron a proyectar líneas de investigación, antologías de textos, asignaturas y programas de doctorado en diversas universidades. Ese mismo año nació la Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres (AUDEM), de la que fui socia fundadora, para institucionalizar la labor de coordinación de los seminarios, institutos y centros de estudios de las mujeres, de género y feministas. Poco a poco, el «edificio» fue ganando extensión y altura. Pero necesitábamos abrir mirillas, ventanas y terrazas desde donde vislumbrar horizontes lejanos y aproximarnos a otras realidades. La internacionalización y la difusión de los resultados fueron dos importantes objetivos. El Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer de la Universidad de Málaga convocó en 1989 el Primer Premio de Investigación Internacional Victoria Kent, que entra ahora en su 35 edición, e impulsó la fundación de la Colección Atenea de Estudios de la Mujer (112 volúmenes en la actualidad), que, junto con la Colección Feminae, creada por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada, ocuparon un espacio que entonces era prácticamente inexistente en las universidades españolas. A estos proyectos se sumó la Asociación de Estudios Históricos de la Mujer de la UMA, con el anuncio del Premio de Divulgación Feminista Carmen de Burgos, y después el Grupo Arenal impulsor de la revista *Arenal*, primera publicación española de Historia de las Mujeres, una tribuna imprescindible con proyección internacional (31 volúmenes y 62 números publicados). A mi modo de ver, fueron pasos decisivos. Pero hay que recordar que la coyuntura política no fue ajena a estos avances. La aprobación del primer Plan Nacional de Igualdad de Oportunidades (1988-1990),

la firma de convenios del Instituto de la Mujer con las universidades, iniciativa en la que destacó la profesora Lola Castaño de la Universidad de Valencia, y la puesta en marcha de la AUDEM dieron un fuerte impulso a nuestros objetivos. También la creación de numerosos organismos de igualdad de ámbito autonómico, como el Instituto Andaluz de la Mujer en 1989, y la incorporación al Plan Nacional de I+D del Programa Sectorial de Estudios de las Mujeres y de Género en 1996 contribuyeron a fundamentar una sólida infraestructura dirigida a impulsar la investigación y los contactos con redes internacionales –WISE, ISIS–. Por otra parte, los avances teóricos y metodológicos permitieron dejar atrás la fase de recuperación de determinados personajes femeninos y la historia contributiva que explicaba la participación de las mujeres en los movimientos sociales omitiendo, sin embargo, las repercusiones individuales y colectivas de ese activismo en sus protagonistas. La historia de género –interpretada después en su vertiente posmoderna–, la interrelación entre los espacios públicos y privados, el estudio de las identidades, el entrecruzamiento de los feminismos con las culturas políticas y la vida cotidiana, entre otros aspectos, anunciaban un futuro innovador y más optimista.

Siendo incontestable los logros que describes, si pasamos de la Investigación a la docencia, seguramente haya que puntualizar una incorporación más tortuosa de los contenidos y avances en el conocimiento de esta línea de investigación en los programas y asignaturas de licenciaturas, grados, máster y doctorado. ¿Cuál ha sido tu experiencia en este sentido y qué explicación das a los recelos para una incorporación abierta e integrada de este conocimiento?

La docencia ha sido uno de los grandes retos de la Historia de las Mujeres. En este aspecto empezamos desde cero, como en los demás, con cursos extracurriculares. Los primeros

programas de doctorado sobre estudios de las mujeres y género, interdisciplinarios y frecuentemente interuniversitarios, encontraron cierta flexibilidad institucional para su aprobación. Fue una *novedad* que generó diversas expectativas. Un motivo de satisfacción para quienes formábamos parte del Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer de la Universidad de Málaga fue la organización del programa de doctorado «Relaciones de género, sociedad y cultura en el ámbito mediterráneo», que obtuvo la mención de calidad en 1995, el primero de estas características que logró ese mérito en el Estado español. Pero hubo que vencer muchas dificultades para introducir asignaturas específicas en las Licenciaturas y los Grados, síntoma de los «techos invisibles», de la ausencia o la escasa presencia de las mujeres en los niveles superiores de toma de decisiones y de las precarias formas de autoridad de las élites femeninas que avanzaban «a la pata coja», en palabras de Celia Amorós, cuando ocupaban puestos de responsabilidad. Los inestables equilibrios en departamentos y facultades, las tensiones institucionales y la oposición de quienes trataban de evitar a toda costa la inclusión de materias que consideraban «poco apropiadas» por su escaso «cientifismo» o su exceso de compromiso, se entrecruzaron con el desinterés de una parte del profesorado masculino y femenino. Por otra parte, aunque en los años noventa se incrementó el número de asignaturas de Historia de las Mujeres en las universidades españolas, la ausencia de troncales y la débil oferta de las obligatorias lastraron las expectativas del profesorado y el alumnado, que se vio forzado a elegir entre las optativas o las de libre configuración. Así no podíamos llegar a todo el estamento estudiantil. Los debates sobre la posibilidad de crear un área de conocimiento que proporcionara autonomía para elaborar la planificación docente y facilitara las opciones profesionales del profesorado,

el personal investigador y el alumnado se multiplicaron. Pero se impuso el realismo, o quizás el temor a quedar atrapadas en un posible *ghetto*. Los audaces planteamientos de mayo del 68 habían quedado atrás. La «incompleta investidura», la condición de advenedizas, como comentaba con ironía Amelia Valcárcel, nos llevó a lidiar con el posibilismo. En cualquier caso, mi experiencia docente en las materias de Historia de las mujeres que he explicado en grados y posgrados de diferentes universidades ha sido muy gratificante. Renuncié a la opción de introducir los registros históricos femeninos en los temarios generales, temiendo que por diferentes motivos acabaran siendo un mero añadido, un apéndice insustancial. Por esta razón oferté con la profesora Marion Reder la asignatura «Historia de las mujeres en la modernidad y la contemporaneidad», de libre configuración, en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Málaga. Fue una iniciativa pionera que atrajo el interés del alumnado de Historia y de otros campos de conocimiento: arte, periodismo, derecho y economía. Cuando la asignatura se dividió en dos, pasé a explicar «Historia de las mujeres en la contemporaneidad» a partir del curso 2007-2008. Dediqué los temas iniciales a esclarecer los orígenes, las etapas, los conceptos y métodos de la Historia de las mujeres, la recepción del género en el análisis histórico y la incidencia de la historiografía feminista en diferentes campos de conocimiento. Como suele suceder, mis reflexiones, el intercambio de información con otras colegas y el resultado de las investigaciones propias y ajenas nutrieron mi docencia, potenciada también con las tesinas, tesis y otros trabajos académicos, como los TFG y los TFM sobre Historia de las Mujeres. Era abuela de dos nietos, Jorge y Javier, cuando diseñé la asignatura «Política, género y cultura en el mundo actual», optativa de cuarto curso de Historia. Lo hice con una perspectiva intersec-

cional, dando cabida a las variables analíticas género, clase, etnia y casta. Mientras tanto, la Declaración de Bolonia de 1999, que prometía calidad, atención a la diversidad y movilidad, se ha convertido en un laberinto de formalidades, acciones burocráticas y competitividad apresurada. Más fachada que fondo. No quiero finalizar este recorrido sin rememorar el hondo sentido simbólico y emocional que tuvo —y no solo para mí— la obtención la cátedra con un perfil docente e investigador pionero en las universidades españolas: «Historia Contemporánea de España: las mujeres en los siglos XIX y XX». Lo celebré en un chiringuito de playa con el Tribunal (Mary Nash, Conchita Mir, Anna María García Rovira, Manuel Pérez Ledesma y Juan Sisinio Pérez Garzón), las compañeras del Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer y Ana Aguado, amiga desde los tiempos de la calle Brusi, que se desplazó a Málaga. Después, en cumplimiento de la Ley de Igualdad de 2007, me tocó estar presente en las comisiones de cátedras y titularidades de media España. Felizmente, cuando nació mi nieta Lucía me encontraba en Málaga. La conciliación funcionó y pude acompañar a mi hija y disfrutar con mis tres peques una temporada.

En este recorrido de tan amplia trayectoria, si tuvieras que definir o más bien glosar cuál ha sido tus principales aportaciones al campo de la investigación dentro de la reconstrucción social y cultural de la conciencia feminista en España, cuáles crees que serían tus principales logros

Como he comentado, una de mis preocupaciones ha sido estudiar, desde que era joven, las relaciones entre la Historia Social y la Historia de las Mujeres. Probablemente por mis lecturas (Gerda Lerner, Louise Tilly, Nathalie Zemon Davis, entre otras autoras que he citado con anterioridad), y por mis propias experiencias comprendí que en la intersección de ambos campos históricos el análisis de las formas de

conciencia ocupa un lugar central. Tuve ocasión de reflexionar sobre estos aspectos en el libro *Mujeres e Historia. Reflexiones sobre las experiencias vividas en los espacios públicos y privados*, que prologó Mary Nash. En él sostengo que la diferencia sexual juega un importante papel en el proceso de formación de la clase social. De hecho, las construcciones de género —femeninas y masculinas— suelen fragmentar la «unidad obrera» en determinadas circunstancias. Por ejemplo, en tiempos de crisis, cuando los trabajadores se quejan de la desleal competencia femenina: trabajar más horas o a destajo a cambio de salarios más bajos. El conflicto generado entre la conciencia de género, que se manifiesta primordialmente en las mujeres en la lucha contra la discriminación sexual en todos los ámbitos, y la conciencia de clase, que prioriza la «causa social» en las protestas, agitaciones y movilizaciones, tiene importantes derivaciones políticas, sindicales y culturales. Profundicé en estos aspectos en la obra colectiva *Historia de las mujeres en Occidente*, dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot (1993), centrándome en las consecuencias de la inflación y en el protagonismo de «las líderes del hambre» durante la primera posguerra mundial. Líderes que asumieron unas prácticas sociales coherentes con la adquisición de una conciencia femenina, una conciencia de clase y una conciencia política en espacios feminizados como patios y mercados, en calles y plazas, fábricas, talleres y en las sedes de los primeros sindicatos femeninos de la Historia de Málaga, fundados en 1918 y vinculados a la UGT y la CNT, y de los partidos republicanos. Estos trabajos contribuyeron a que reflexionara sobre los aspectos sociales y culturales de la conciencia feminista en España en el primer dossier sobre Historia de las Mujeres de la revista *Ayer*, coordinado por Guadalupe Gómez-Ferrer en 1995, y sobre el cruce de diferentes identidades —cuestión palpitante en la historiografía de los inicios del siglo XXI—,

con el feminismo y las culturas políticas en el ensayo publicado en el dossier coordinado por José Javier Díaz Freire en la revista *Historia Contemporánea* en el año 2000. El enfoque asumido por la Nueva Izquierda norteamericana y británica sobre la necesidad de averiguar las interrelaciones entre marxismo y feminismo, recordado en mis conversaciones con Temma Kaplan, está presente en mi modo de examinar estas cuestiones. Invitada por esta profesora, participé en el *Coloquio Women in Dark Times* (agosto, 1987), organizado por Claudia Koonz en el Rockefeller Center Conference de Bellagio (Italia), donde coincidí con Mary Nash y una veintena de historiadoras americanas, europeas y asiáticas. Llevé a esa reunión un análisis de los claroscuros ideológicos, políticos y feministas del sufragismo español en los años treinta y viví cinco intensos días de ponencias, debates, intercambios y experiencias inolvidables junto al lago Como. Rodeada de grandes maestras, aprendí más en esa breve estancia que en todo un año. En Bellagio están los orígenes de la línea de investigación colectiva que abrimos en Málaga sobre Mujeres y Dictaduras en Portugal, Italia, España, Alemania y Japón, prestando atención a la socialización política, las formas de conciencia, la represión sexuada, las resistencias y los exilios femeninos. Entendimos la necesidad de hablar de feminismos, tras valorar las intersecciones de clase, etnia, raza, culturas políticas, valores y creencias, y contemplar las diversas posiciones políticas, reivindicaciones y estrategias mantenidas por las mujeres. Los ejemplos extraídos de los Estados Unidos durante la segunda ola feminista de los años sesenta-setenta, relatados por Betty Friedan en sus *Memorias*, y los debates en la Transición política española sobre la doble militancia feminista y política o la militancia única, son muy significativos. Sin duda la conciencia feminista está expuesta a numerosos avatares. La trayectoria del sufragismo español, las propuestas del

maternalismo cívico republicano, entendido en un sentido amplio (Asociación de Mujeres Antifascistas) y las del anarcosindicalismo de Mujeres Libres durante la Guerra Civil constituyen una muestra representativa. Esa complejidad es perceptible en el concepto de ciudadanía diferenciada de Iris Young, que abordé en el dossier «Estado, Política y feminismos», publicado en la revista *Alcores* en 2012. Plantear el universalismo como una noción abstracta, sesgada y generadora de asimetrías nos obliga a establecer de qué modo mujeres y hombres han tratado de reconocer y responder a la desigualdad y la diferencia en el transcurso de la historia.

A través de tus investigaciones has abordado la trayectoria de mujeres valientes y valiosas que han permanecido olvidadas para el relato de la disciplina histórica. Tu dedicación, por ejemplo, a la figura de Belén Sárraga es paradigmática en este sentido. Qué representa para ti su figura y qué valores crees puede transferir su conocimiento al conjunto de la sociedad.

El azar promovió mi encuentro con Belén Sárraga cuando buscaba materiales para la tesis doctoral. No conocía su existencia. El documento que leí con avidez, un folleto autobiográfico donde narraba sus experiencias en el Congreso Internacional de Librepensadores de Ginebra de 1902, fue un relámpago que iluminó su figura y las de otras mujeres —francesas, alemanas, polacas, suizas— que pronunciaron, como ella, sus discursos, resaltando los problemas que lastraban el acceso de las mujeres a los espacios públicos y a la ciudadanía, los perjuicios de la doble moral sexual y el autoritarismo masculino en los espacios privados. Quise saber quién era «Belén» y empecé a indagar descubriendo su activismo republicano, su fervor racionalista y sus dotes de oradora y escritora. Su trayectoria contradecía, pese a estar casada y ser madre, el modelo hegemónico de feminidad de las «ángelas domésticas». Ahí em-

pezó todo. Llevo años reuniendo e interpretando las piezas de un complejo puzzle biográfico que espero dar a conocer cuanto antes. Sárraga, laica andadora que recorrió medio mundo, me ha conducido a numerosos archivos en los dos hemisferios. Me ha transformado en una mujer extremadamente paciente, inmersa en la tarea de encontrar sentido a su identidad, móvil, según la definición de Norbert Elías, pero no flotante, en el sentido que le atribuye Butler.

He dedicado muchas horas a interpretar sus discursos, escritos y experiencias a un lado y otro del Atlántico. Ella, sus compañeras librepensadoras, sus antecesoras internacionalistas y anarquistas, así como las republicanas —sufragistas o no—, socialistas, libertarias y comunistas de los años veinte y treinta fueron mujeres tenaces, valientes, que lucharon por los derechos femeninos y consiguientemente también por los derechos humanos, que vieron en la laicidad, la educación, y el desempeño de un trabajo digno las herramientas apropiadas para emanciparse.

Pero también crearon asociaciones y fomentaron prácticas de vida acordes con el concepto de sororidad que defendían, visible en los pactos de ayuda mutua y refuerzo ideológico y en las redes nacionales y transnacionales que crearon antes y después de la última guerra civil española, en el exilio.

Las líneas de investigación sobre el republicanismo femenino han dado abundantes frutos. La labor genealógica de búsqueda de eslabones, herencias, aprendizajes y transformaciones ha contribuido a resituar a valiosas republicanas, como Ángeles López de Ayala, Magda Donato y Victoria Kent, entre otras, cuyas trayectorias de vida, actuaciones políticas y escritos, que he contribuido a desenterrar, constituyen un ejemplo de valores humanistas, igualitarios, solidarios, pacifistas y éticos muy necesarios y transmisibles a la sociedad actual.

Y ya para terminar, agradeciéndote el esmero y atención con que has atendido nuestro requerimiento. Tras una labor extensa y denodada a este esfuerzo de recuperación e integración de la experiencia histórica de las mujeres en nuestra historia, cuál crees puede ser el futuro de la disciplina y qué problemas piensas aún se deben solventar para su completo desarrollo.

Se amontonan las cuestiones que podemos tratar en relación con esta pregunta, pero se nos acaba el tiempo. El futuro de la Historia de las Mujeres está abierto, como el de la disciplina histórica en general. No obstante, los espacios rescatados o reconstruidos han sido muchos desde los tiempos «fundacionales». Como he comentado en alguna ocasión, hay que reconocer los logros y continuar avanzando en docencia, investigación y transferencia. Las investigaciones sobre la agencia social de las mujeres han contribuido a reconstruir las identidades colectivas, el estudio de las subjetividades y de los roles de género. Una exigencia básica en la

actualidad es incorporar líneas de trabajo con los enfoques transnacionales, prestar atención a los «feminismos del Sur» y a las «estructuras de sentimientos». Las aportaciones genealógicas no han dejado de crecer y visibilizar a nuestras antepasadas, mostrando retazos desconocidos de la memoria individual y colectiva y, con ello, el orden «político», cultural, simbólico, de las generaciones femeninas situadas en gran medida en los márgenes, debido a desigualdades sexuales, sociales y de otro tipo. A la incansable búsqueda de fuentes facilitada por las nuevas tecnologías se suman miradas, perspectivas e interpretaciones enriquecedoras. Los estudios biográficos y autobiográficos se han multiplicado y ponen de manifiesto el juego pendular de inclusión/exclusión en torno al sujeto mujer en el pasado (incluso en el presente). Para concluir vamos a quedarnos con esto: la imposibilidad de hacer Historia sin tener en cuenta las ideas, la presencia y las experiencias de las mujeres en diferentes épocas y sociedades.